

El problema de las “manos sucias” y la política

ANDRÉS LÓPEZ RESTREPO

Profesor del Instituto de Estudios
Políticos y Relaciones Internacionales (Iepri)
de la Universidad Nacional de Colombia.

COLOQUIO JEAN PAUL SARTRE

Resumen

Existen situaciones en política que ponen a prueba los límites de los esquemas morales y las visiones del mundo de los gobernantes. Además, sus decisiones afectan a naciones enteras y en los regímenes democráticos tales decisiones son tomadas en nombre de las mismas personas a las cuales están afectando. La pregunta que se plantea entonces es si los políticos están sometidos, en razón de sus particulares responsabilidades en los partidos o en el gobierno, a unas normas morales diferentes a las de los demás seres humanos. Esta pregunta ha recibido diversas respuestas. Una de esas respuestas se ha inspirado en la obra de teatro de Sartre *Las manos sucias* para afirmar que, en efecto, los políticos, en razón de su papel, deben realizar acciones y tomar decisiones que quienes están por fuera de la política consideran como una violación de las normas morales. El presente artículo examina esta idea. Con ese fin, primero se recuerda la obra de Sartre, haciendo énfasis en los aspectos que han dado pie al concepto de "manos sucias" en la filosofía política. A continuación se explica lo que se entiende por "manos sucias". Posteriormente, se consideran algunas aplicaciones prácticas de ese concepto. Finalmente, se hacen unas observaciones finales sobre la validez del concepto de "manos sucias".

Palabras clave: *Filosofía política – ética política – violencia política – manos sucias en política - Sartre, Jean Paul – Maquiavelo, Nicolás – Weber, Max – Walzer, Michael.*

Abstract

There are situations in politics that put to the test the limits of the moral ways of thinkings and the general conceptions of the rulers. Besides, their decisions affect whole nations and in the democratic regimes such decisions are taken in the name of the same persons which are affected by them. The question which is then raised is: are the politicians subject, on account of their particular responsibilities in the political parties or in government, to different moral norms than the other human beings? This question has been answered in different ways. One of the answers has been inspired by the play of Sartre *Dirty hands* to maintain that, sure enough, the politicians, on account of their role, must realize actions and make decisions which are seen by people outside politics as a violation of the moral norms. This article studies that idea. With that end in mind, in the first place is remembered the play of Sartre, stressing the aspects which are in the basis to the concept of "dirty hands" in political philosophy. Later on, is explained what is intended by "dirty hands". Afterwards, are considered some practical applications of that concept. Finally, there are presented some final observations about the validity of the concept of "dirty hands".

Key words: *Political philosophy – political ethics – political violence – dirty hands in politics - Sartre, Jean Paul – Maquiavelo, Nicolás – Weber, Max – Walzer, Michael.*

LOS ESTADOS TIENEN facultades que les son negadas a los ciudadanos que viven bajo su protección. Por ejemplo, los Estados pueden expropiar o tener cuerpos armados o impartir justicia. Tales labores son realizadas por determinados individuos, a los cuales los Estados han comisionado el poder de tomar esas decisiones en su nombre. La mayor parte de los funcionarios estatales realizan sus actividades de manera rutinaria, determinados por unas reglas y costumbres establecidas. Sin embargo, ciertos funcionarios de alto nivel y los vinculados a la justicia y la seguridad deben en ocasiones tomar decisiones complejas, que incluso pueden afectar muchas vidas. Es lo que ocurre cuando lo que está en juego es una guerra internacional o, como sucede en Colombia, la opción entre paz y justicia.

En algunas ocasiones las intuiciones morales por las cuales se guían los individuos en su vida cotidiana brindan criterios suficientes para que funcionarios tomen decisiones y actúen en consecuencia. Así, frente a una invasión por parte de otro Estado casi nadie negará que la respuesta razonable es una guerra defensiva. En los procesos de negociación es fácil defender los acuerdos que lleven a amnistías y perdones cuando los grupos insurgentes han combatido respetando las reglas del derecho internacional.

Los casos difíciles tienen mucho más interés porque ponen a prueba los límites de nuestros esquemas morales y nuestras visiones del mundo. Por ejemplo: ¿existe alguna circunstancia en la cual pueda justificarse una guerra preventiva? O, ¿hasta dónde es posible negociar y perdonar, en todo o en parte, a grupos que violan el derecho humanitario? Es cierto que los individuos que no tienen responsabilidades políticas deben en ocasiones enfrentarse a decisiones difíciles, y existen ciertas profesiones, como las relacionadas con la salud, que confrontan este tipo de dilemas con mayor frecuencia.

Sin embargo, las autoridades políticas no solo deben abordar esas decisiones difíciles de manera reiterada sino que sus decisiones afectan a muchas más personas y —esto es particularmente importante— en los regímenes democráticos las autoridades toman esas decisiones difíciles en nombre de las mismas personas a las cuales están afectando. Este problema se agudiza en el caso de países más poderosos o que están en medio de graves conflictos. Independientemente de la opinión que merezca la política exterior de cada una de esas naciones, es claro que el primer ministro de Luxemburgo o el presidente de Costa Rica están sometidos a exigencias menos fuertes que el presidente de Estados Unidos o el primer ministro de Israel.

La pregunta que se plantea entonces es si los políticos están sometidos, en razón de sus particulares responsabilidades en los partidos o en el gobierno, a unas normas morales diferentes a las de los demás seres humanos. Esta pregunta ha recibido diversas respuestas. Una de esas

respuestas se ha inspirado en la obra de teatro de Sartre *Las manos sucias* para afirmar que, en efecto, los políticos, en razón de su papel, deben realizar acciones y tomar decisiones que quienes están por fuera de la política consideran como una violación de las normas morales.

En las siguientes páginas se examinará esta idea. Con ese fin, primero se recordará la obra de Sartre, haciendo énfasis en los aspectos que han dado pie a la concepción de algunos filósofos de la necesidad de las “manos sucias” en la filosofía política. A continuación se explicará lo que tales filósofos entienden por “manos sucias”. Posteriormente, se considerarán algunas aplicaciones prácticas de esa concepción. Finalmente, se harán unas observaciones finales sobre la validez del concepto de “manos sucias”.

1 **Las manos sucias de Sartre**

Las manos sucias es una obra de teatro que Sartre publicó en 1947¹. Las acciones tienen lugar durante la Segunda Guerra Mundial, en un país imaginario llamado Iliria, que debía corresponder a alguna región de la antigua Yugoslavia. El gobierno de Iliria está en manos de los fascistas o conservadores, encabezados por el Regente y aliados de la Alemania nazi. Existen otros dos grupos políticos, ambos en la clandestinidad: el Partido Proletario, integrado por comunistas y socialdemócratas y aliado de la Unión Soviética, y el Pentágono, conformado por campesinos, burgueses y nacionalistas, y que se opone tanto a los alemanes como a los soviéticos. En marzo de 1943, cuando ocurren los primeros acontecimientos de la obra –considerada esta de manera cronológica, pues la primera escena ocurre en marzo de 1945, dos años después–, el Regente, tras advertir que el Eje ya no puede ganar la guerra, se dedica a buscar una alianza con el Pentágono y la izquierda.

La mayoría socialdemócrata del Partido Proletario, encabezada por Hoederer, secretario del Partido, apoya las negociaciones con el Regente para crear un frente de los tres grupos políticos que gobierne el país después de la guerra. Los comunistas, cuyo líder es Louis, se oponen debido a que el régimen fascista los ha reprimido de manera implacable y declaró la guerra a la Unión Soviética. Louis considera que Hoederer es un traidor y que debe ser eliminado, y con ese fin envía a Hugo Badine, quien recibe la misión de trabajar para Hoederer y asesinarlo a la primera oportunidad. Hugo, quien tiene el alias de Raskolnikov –un guiño muy

1. Sartre, Jean-Paul (1947), *Las manos sucias*, Madrid, Alianza Editorial, 1981 (traducción de Aurora Bernárdez).

poco sutil de Sartre—, viene de una familia con dinero y tiene educación, por lo cual sirve como redactor del periódico del Partido².

Hugo y su esposa Jessica, quien es declaradamente apolítica, se trasladan a la casa de campo en la cual viven Hoederer y sus tres guarda-espaldas. Hoederer rápidamente se gana la admiración de Hugo, quien duda en cometer el asesinato. La razón no es escrúpulo moral alguno sino el afecto; el mismo Hoederer le ha dicho: “No tengo objeción de principio contra el asesinato político. Eso se practica en todos los partidos”³. Pero Hugo sabe que si no cumple su misión será asesinado por los comunistas.

Un día llegan a negociar los delegados del Regente y el Pentágono. Hugo, que es testigo de las conversaciones, se indigna ante el interés de Hoederer por negociar con los enemigos del Partido y se decide a matarlo, pero en esos momentos estalla una bomba que ha sido arrojada a la casa. El atentado, que ha sido realizado por Olga Lorame, una comunista, fracasa y nadie muere. Antes de esconderse, Olga le dice a Hugo que actuó por su cuenta, para evitar que lo mataran por no cumplir su misión, y que tenía 24 horas para cumplir su misión; de lo contrario enviarían a otro en su reemplazo.

Hugo y Hoederer inician una discusión sobre la vía más expedita para llegar al poder y conservarlo. Aunque ya tomó la decisión de participar en el gobierno de unión con los fascistas y los liberales, Hoederer trata de convencer a Hugo de su conveniencia. Hugo rechaza por completo el compromiso y no entiende que un partido revolucionario renuncie a tomar el poder por las armas y en cambio lo haga a través de componendas. Hoederer entiende que la colaboración con los enemigos políticos es a veces necesaria; además, la fuerza militar está del lado del Pentágono y es imposible imponerse mediante la violencia. Hugo responde que el poder no se obtendría en una guerra civil sino con el triunfo militar del ejército soviético. Hoederer replica que todos los ejércitos ocupantes, liberadores o no, viven del país ocupado, lo cual llevaría necesariamente a que los campesinos detestaran a los rusos y a los gobernantes impuestos por ellos, el país quedaría arruinado y una insurrección barrería al Partido un instante después de que los rusos partieran. Hugo afirma que la insurrección puede dominarse con la fuerza, como hicieron los bolcheviques en 1917, pero Hoederer dice que los bolcheviques no fueron impuestos por

2. Hugo es una caricatura: burgués, con educación superior, bien casado, rechaza a su padre y todo lo que es; busca negarse a sí mismo, inmolarse en un acto que tenga algún significado político. Es poca cosa, infeliz, quiere olvidar el pasado pero lleva consigo a todas partes las fotos de su niñez. Está enamorado tanto de Olga como de su mujer pero no entiende a ninguna de las dos. Busca en el Partido una disciplina que acabe con sus dudas pero los miembros del Partido ni siquiera lo aceptan plenamente por su origen burgués.

3. Ídem, p. 123.

un ejército ocupante y que el proletariado no tiene la fuerza suficiente para enfrentarse a los burgueses y campesinos.

Hoederer explica que el Partido se conformará con menos de la mitad de los ministerios. En la minoría, dejará que los otros dos partidos tomen las decisiones impopulares y hará oposición desde dentro del gobierno para ganarse a la población. Así, en un par de años la misma población pedirá que el Partido gobierne en solitario. Hugo responde que la política de colaboración de clases supondrá aceptar, aunque sea por un tiempo, el marco de la economía capitalista, renunciando a la construcción de la economía socialista. Además, el Partido deberá ceder, mentir y defender medidas reaccionarias, lo cual confundirá a los miembros del Partido y hará que los más duros lo abandonen. Con el Partido dividido y ablandado, los partidos burgueses podrían liquidarlo fácilmente.

Hoederer reconoce que existen riesgos pero dice que su política permitirá conservar el poder; y "si no quieres correr riesgos, no debes de hacer política"⁴. Y agrega: "un Partido nunca es sino un medio. Sólo hay un fin: el poder"⁵. Hugo responde que el único fin es el triunfo de las ideas del Partido, a lo que Hoederer replica, con tono condescendiente: ya se te pasará ese respeto excesivo por las ideas.

Hugo le pregunta si cree que los demás miembros del Partido aceptarán sus componendas; Hoederer dice que se las harán tragar de a poco, mintiéndoles si es necesario. A Hugo le sorprende que Hoederer pueda mentirles a sus camaradas; este le explica: "Siempre se ha mentido un poco en el Partido. Como en todas partes"⁶. Le pregunta si nunca ha mentido; Hugo responde que jamás ha mentido a los camaradas⁷, porque, "¿de qué sirve luchar por la liberación de los hombres si se les desprecia lo suficiente como para engañarlos?". Hoederer replica: "Mentiré cuando haga falta y no desprecio a nadie. La mentira no la he inventado yo: nació en una sociedad dividida en clases y cada uno de nosotros la heredó al nacer. No aboliremos la mentira negándonos a mentir, sino empleando todos los medios para suprimir las clases"⁸.

Hugo dice que no todos los medios son buenos; Hoederer responde que lo son cuando son eficaces. Y agrega, en lo que constituye el núcleo del libro:

4. Ídem, p. 179.

5. Ídem, p. 180.

6. Ídem, p. 181.

7. Sabemos que Hugo le esconde sus intenciones de asesinarlo, pero tal vez se justifica a sí mismo pensando que Hoederer, en la medida que es un traidor, no es un verdadero camarada.

8. Ídem, p. 182.

¡Qué importancia le das a tu pureza, chico! ¡Qué miedo tienes de ensuciarte las manos! ¡Bueno, pues sigue siendo puro! ¿A quién le servirá y para qué estás con nosotros? La pureza es una idea de fakir y de monje. A vosotros los intelectuales, los anarquistas burgueses, os sirve de pretexto para no hacer nada. No hacer nada, permanecer inmóviles, apretar los codos contra el cuerpo, usar guantes. Yo tengo las *manos sucias*. Sucias de mierda y de sangre hasta los codos. ¿Y qué? ¿Te imaginas que se puede gobernar inocentemente?⁹.

Hugo dice que la mayoría en el Partido, incluido él, no está de acuerdo con las negociaciones. Hoederer le responde:

Yo conozco a los camaradas del Partido que no están de acuerdo con mi política y puedo decirte que son de mi especie, no de la tuya, y no tardarás en descubrirlo. Si han desaprobado estas negociaciones, es simplemente porque las juzgan inoportunas; en otras circunstancias serían los primeros en iniciarlas. Tú, en cambio, haces de esto una cuestión de principios¹⁰.

Y agrega que unas negociaciones harán que el Regente detenga la guerra mientras que si las negociaciones fracasan el Regente quedará acorralado, proseguirá la guerra y morirán miles de hombres más: “¿Qué me dices? ¿Puedes tú suprimir a cien mil hombres de un plumazo?”¹¹. Hugo responde que la Revolución no se hace con flores y que si han de morir, pues tanto peor.

Hoederer concluye: “¡Ya lo ves! Tú no quieres a los hombres, Hugo. Tú sólo amas los principios”. Con patetismo, Hugo replica: “¿Y por qué habría de quererlos? ¿Acaso me quieren ellos a mí?”. Y explica que entró al Partido porque su causa es justa, no porque le interesen los hombres como son sino por lo que pueden llegar a ser. Hoederer resuelve el debate así:

Y yo los quiero por lo que son. Con todas sus porquerías y todos sus vicios. Quiero sus voces y sus manos calientes, y su piel, la más desnuda de todas las pieles, y su mirada inquieta y la lucha desesperada que cada uno a su vez riñe con la muerte y con la angustia. Para mí sí cuenta un hombre de más o un hombre de menos en el mundo. Es muy valioso. A ti te conozco bien, chico, eres un destructor. Detestas a los hombres porque te detestas a ti mismo; tu pureza se parece a la muerte, y la Revolución con la que sueñas no es la nuestra; tú no quieres cambiar el mundo, quieres

9. Ídem, pp. 182 y 183; subrayado mío.

10. Ídem, pp. 183 y 184.

11. Ídem, p. 184.

destruirlo... Tú no tienes la culpa: sois todos iguales. Un intelectual no es un verdadero revolucionario; vale como máximo para ser un asesino¹².

Estas palabras impelen a Hugo a actuar; se levanta dispuesto a matar a Hoederer, pero la intervención de su esposa y la súbita entrada de dos de los guardaespaldas, por razones que no tienen que ver con Hugo, le impiden cumplir su propósito. Hugo reconoce ante su esposa que ha sido vencido en el debate, pero, no obstante, sigue creyendo que debe matar a Hoederer: "No me ha convencido. Nadie puede convencerme de que debe mentirse a los camaradas. Pero si me hubiera convencido, sería una razón más para matarle, porque eso probaría que convencerá a otros. Mañana por la mañana terminaré el trabajo"¹³.

Jessica quiere evitar el asesinato y revela el plan de su esposo a Hoederer, diciéndole que en realidad él no quiere matarlo. Hoederer, quien ya está al tanto de las intenciones de su empleado, lo confronta nuevamente. Hoederer le dice que no cree que pueda cometer un asesinato; Hugo dice que lo haría si el Partido se lo ordena. Hoederer replica que eso es un problema de vocación y ninguna orden del Partido puede cambiar la naturaleza de un individuo: "Se es asesino de nacimiento. Tú reflexionas demasiado, no podrías"¹⁴. Hugo mete la mano al bolsillo para tomar el arma pero Hoederer se la sujeta y le dice que a diferencia de los pistoleros, que carecen de imaginación y matan sin importarles lo que ocurrirá luego, un intelectual como él está obligado a pensar en las consecuencias de sus actos, en ese caso, el fin de la única política que le permitirá al Partido llegar al poder. Hugo le dice: "Yo no valgo para vivir, no sé lo que es la vida ni necesito saberlo. Estoy de más, no encuentro mi lugar y estorbo a todo el mundo; nadie me quiere, nadie confía en mí..."¹⁵.

Hoederer le dice que confía en él, le da la espalda, le sirve un café, vuelve y le saca el revólver del bolsillo. Hugo le dice a Hoederer que quienes le ordenaron matarlo lo considerarán un traidor; Hoederer responde que al otro día irá a la ciudad a hablar con Louis y tratará de salvarlos a ambos: "La cuestión se arreglará. Lo más difícil será ponerte de acuerdo contigo mismo"¹⁶. Hugo le pide el revólver de vuelta para suicidarse. Hoederer se niega y le pide que no trate de ser un asesino sino que se dedique a lo que sabe, que es escribir. Jessica, quien ha observado

12. Ídem, p. 185.

13. Ídem, p. 188.

14. Ídem, p. 199.

15. Ídem, p. 202.

16. Ídem, p. 203.

toda la escena desde un escondite, aparece ante Hoederer y le manifiesta su admiración por la forma en que manejó la situación. Se están besando cuando Hugo los sorprende. El marido ofendido toma el revólver y mata a Hoederer. Hugo es condenado a cinco años de cárcel. Durante su encarcelamiento es abandonado por Jessica y sus copartidarios intentan envenenarlo, lo que Hugo atribuye a que ya no es útil para el Partido, que, de todas maneras, nunca confió plenamente en él.

La obra abre y cierra con los hechos ocurridos en marzo de 1945. En ese momento los ejércitos soviéticos avanzan incontenibles y el régimen fascista ha caído en el caos, por lo que los nazis han ocupado el país. Hugo acaba de salir de la cárcel y se dirige a la casa de Olga. Ella desconfía porque Hugo ha salido tres años antes de lo esperado. Hugo le explica que el Partido intentó asesinarlo y la presiona para saber si ella hace parte de la conspiración en contra suya; Olga dice ignorar las órdenes para matarlo pero agrega que no dudaría en hacerlo si el Partido así lo dispusiera. Olga le explica que el Partido ha crecido rápidamente y que los miembros suelen visitarla. Finalmente, un carro se detiene a la puerta. Olga le pide a Hugo que se esconda en su cuarto. Se presentan ante la puerta dos sicarios de Louis, quien permanece en el carro, que tienen órdenes de matar a Hugo. Olga se interpone y exige que Louis se presente en la casa.

Olga le dice a Louis que se están precipitando, que Hugo tuvo el valor de eliminar a Hoederer pese a sus guardaespaldas y que es digno de confianza. Louis dice que el asesinato tuvo razones personales y no políticas y que Hugo es "un pobre anarquista indisciplinado, un intelectual que sólo pensaba en adoptar actitudes, un burgués que trabajaba cuando le venía la gana y que dejaba el trabajo por cualquier cosa"¹⁷. Olga le pide a Louis tres horas para conocer las razones del asesinato y saber si Hugo es o no útil al Partido.

En la conversación con Olga, Hugo reconoce que quería a Hoederer y que no lo hubiera matado de no haberlo encontrado abrazado a su esposa. Olga le dice que ya no importan las razones por las cuales lo cometió, que el asesinato fue ordenado en un momento en que estaban interrumpidas las comunicaciones con la Unión Soviética; que tras restablecerse, ese país había ordenado al Partido que se acercara al Regente, y que ya estaba operando el gobierno conjunto. Hoederer tuvo razón pero el momento en que planteó su iniciativa era prematuro y tampoco era el hombre adecuado para llevarla a cabo. No obstante, su nombre sería rehabilitado; a los camaradas del Partido se les dieron algunas explicaciones, pero fue inevitable mentirles, como siempre ocurre en toda guerra. Hugo debía olvidar el asesinato, volver al Partido a trabajar y entre ambos conformar una pareja.

17. Ídem, p. 23.

Hugo se ríe ante las ironías de la historia y de su propio destino: "Este crimen es un estorbo: nadie quiere saber nada de él. Yo no sé por qué lo cometí y vosotros no sabéis qué hacer con él"¹⁸. Y agrega:

No sé por qué maté a Hoederer, pero sé por qué hubiera debido matarlo: porque hacía mala política, porque mentía a sus camaradas y porque corría el riesgo de corromper al Partido. Si hubiera tenido el valor de disparar cuando estaba solo con él en su despacho, habría muerto por eso y yo podría pensar en mí sin avergonzarme. Me avergüenzo de mí porque lo maté... después. Y vosotros me pedís que me avergüencie todavía más y que decida que lo maté por nada. Olga, lo que yo pensaba sobre la política de Hoederer continuó pensándolo. Cuando estaba en la cárcel creía que estabais de acuerdo conmigo y eso me sostenía; ahora sé que soy el único que piensa así, pero no cambiaré¹⁹.

Y concluye sus reflexiones:

Un tipo como Hoederer no muere por casualidad. Muere por sus ideas, por su política; es responsable de su muerte. Si yo reivindico mi crimen delante de todos, si reclamo mi nombre de Raskolnikov y si acepto pagar el precio necesario, entonces habrá tenido la muerte que le corresponde... Todavía no he matado a Hoederer, Olga. Todavía no. Ahora voy a matarlo. Y a mí con él²⁰.

En esos momentos llegan Louis y sus hombres; Hugo abre la puerta, buscando la muerte.

2 Los filósofos y las "manos sucias"

Walzer responde la pregunta que hace Hoederer a Hugo: "¿Te imaginas que se puede gobernar inocentemente?"²¹. Frente al dilema, que ya recibe el nombre genérico de manos sucias, Walzer responde de entrada que no, no es posible gobernar de modo inocente y que la mayor parte de nosotros así lo entendemos. Esto no significa que sea imposible hacer lo correcto cuando se gobierna sino que un acto particular de gobierno puede ser correcto en términos utilitarios pero incorrecto en términos morales, haciendo que quien lo realiza pierda su inocencia. Si, por el

18. Ídem, p. 224.

19. Ídem, p. 226.

20. Ídem, pp. 226 y 227.

21. Walzer, Michael, "Political action: The problem of dirty hands", en Marshall Cohen, Thomas Nagel y Thomas Scanlon (editores), *War and Moral Responsibility*, Princeton, Princeton University Press, 1974 (publicado originalmente en *Philosophy & Public Affairs*, vol. 2, No. 2, invierno de 1973, pp. 160 a 180).

contrario, ese individuo escoge la posición absolutista o deontológica, puede mantener su inocencia pero falla en hacer lo correcto en términos utilitarios, e incluso incumple con sus responsabilidades porque esas responsabilidades demandan consecuencias y resultados.

La noción de "manos sucias" reconoce el dilema moral pero rechaza la posición absolutista. Este dilema había sido ya planteado por Maquiavelo, quien al afirmar que el fin justifica los medios²² sugiere que el gobernante está obligado a hacer cosas que no son correctas pero que son necesarias para prevenir grandes males o, en sus propios términos, debe "aprender a no ser bueno" o, más claramente, perverso. El gobernante no puede evitar esto porque existen otros hombres que no son buenos y están más que dispuestos a actuar de manera perversa y a disputar su posición, y por tanto, a menos que el gobernante actúe de la misma manera, perderá esa posición. Sin embargo, el gobernante debe evitar adquirir la reputación de hombre perverso porque podría perder su posición y no alcanzar el honor y la gloria, aunque debe aceptar ciertos vicios que, como la mezquindad o la crueldad, le facilitan mantener su posición y gobernar²³. En suma, Maquiavelo reconoce que no se puede tener éxito en política sin ensuciarse las manos. Así, si se acepta que el gobierno permite hacer cosas buenas, entonces se estaría aceptando que es necesario actuar mal para poder actuar bien.

Maquiavelo no examina en ningún lugar los efectos que tiene el ensuciarse las manos en quien ha decidido hacerlo; Weber, en cambio, profundiza en la condición del buen hombre que tiene las manos sucias²⁴. Su argumento parte de considerar que toda acción éticamente orientada puede ajustarse a dos criterios distintos: la "ética de la convicción" y la "ética de la responsabilidad". La ética de la convicción está fundada en creencias y quien actúa de acuerdo con ella no se preocupa de los efectos de sus acciones; en cambio, la ética de la responsabilidad tiene en cuenta las consecuencias de la acción.

En otros términos, el análisis de la conducta política no puede ser realizado únicamente con base en argumentos legales; es necesario examinar su base moral. Esto requiere no solo discutir el problema de medios y fines: hay límites a lo que se puede hacer en función de un fin

22. Dice Maquiavelo al referirse a las acciones que debe tomar un gobernante que intenta fundar un Estado: "Aunque le acusan los hechos, le excusan los resultados, y cuando éstos sean buenos, como en el caso de Rómulo, siempre lo excusarán, porque se debe reprender al que es violento para estropear, no al que lo es para componer" (Maquiavelo, Nicolás, *Discurso sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, pp. 57).

23. Skinner, Quentin, *Maquiavelo*, Madrid, Alianza Editorial, 1984, p. 56 a 63.

24. Weber, Max, "La política como vocación", en *El político y el científico*, Madrid, Alianza Editorial, 1967, pp. 160-179.

que se considera valioso. La adherencia a esos límites puede ser establecida en función de costos y beneficios o por razones más fundamentales. Este es el conflicto entre dos categorías diferentes del análisis moral: la utilitarista, o mejor, consecuencialista, y la deontológica o absolutista. El consecuencialista se preocupa por lo que puede ocurrir; el absolutista por lo que uno está haciendo. El conflicto entre las dos categorías no es solo un conflicto entre resultados, sino también entre caminos alternativos. Pocos son inmunes a alguna de las dos formas de intuición moral, aunque en algunas personas, por razones naturales o doctrinales, una de las dos tiende a ser dominante; pero en otros casos las dos formas pueden tener mucha fuerza, con lo que el dilema moral puede ser muy agudo, haciendo que todos los cursos alternativos de acción parezcan inaceptables por una razón u otra.

El problema, dice Weber, es que para conseguir fines "buenos" en ocasiones hay que contar con medios moralmente malos y con la posibilidad de consecuencias también reprobables moralmente. Esto es contrario a la ética de la convicción. Como ejemplo de esta situación, Weber recuerda a los socialistas revolucionarios que durante la guerra actuaron de acuerdo con el siguiente principio: "Si tenemos que elegir entre algunos años más de guerra que traigan entonces la revolución o una paz inmediata que la impida, preferimos esos años más de guerra"²⁵. Así, los revolucionarios reales de la Primera Guerra Mundial se comportaron de manera completamente opuesta al revolucionario ficticio, Hoederer, de la Segunda Guerra. Aquellos justificaban prolongar la guerra para hacer posible la revolución, este prefería acortar la guerra incluso si ello significaba aplazar la revolución.

Weber dice que ya los cristianos primitivos sabían "que quien se mete en política, es decir, quien accede a utilizar como medios el poder y la violencia, ha sellado un pacto con el diablo"²⁶. El político se encuentra así con que no puede al mismo tiempo tratar de mejorar el mundo y salvar su alma: "El genio o demonio de la política vive en tensión interna con el dios del amor, incluido el dios cristiano en su configuración eclesiástica, y esta tensión puede convertirse en todo momento en un conflicto sin solución"²⁷. La razón es que la violencia es necesaria para el ejercicio de la política. Plenamente consciente de sus acciones, emplea la violencia y la fuerza para cumplir sus objetivos, es decir, debe hacer el mal para poder hacer el bien. Por tanto, el político está obligado a actuar de acuerdo con la ética de la responsabilidad y no según la ética de la convicción.

25. Ídem, p. 165.

26. Ídem, p. 168.

27. Ídem, p. 174.

Weber desconfía profundamente de quienes dicen seguir la ética de la convicción; son en su mayoría odres llenos de viento, románticos inflamados que no sienten realmente lo que hacen, irresponsables que no se preocupan por las consecuencias de sus acciones. En cambio, el hombre que se atiene a la ética de la responsabilidad aparece como un héroe trágico, que sufre porque siente realmente, de forma profunda y para toda la eternidad, la responsabilidad de las consecuencias. Por ello, este evalúa de manera continua sus acciones; aquel está motivado exclusivamente por la excitación.

Es fácil imaginar situaciones en que los políticos confronten el dilema mencionado. Se puede decir que los problemas que enfrenta la izquierda que actualmente gobierna en el Brasil son resultado de haber aceptado el dilema de las manos sucias: para poder llegar al gobierno, el PT aceptó que debía recurrir a formas de financiación ilegales; para gobernar y llevar adelante el programa de gobierno, el PT, minoritario en el Congreso, aceptó que debía comprar el apoyo de otros partidos y de congresistas individuales. Con toda seguridad, muchos de los políticos del PT que aceptaron esta situación y tomaron las decisiones necesarias consideraron que sus acciones estaban justificadas por un bien mayor, cual era poner en práctica su programa de gobierno.

Pero el dilema de las manos sucias, como lo entiende Walzer, no supone simplemente que quien se enfrenta a él reconozca el problema moral en términos conceptuales, o que se sienta mal con su decisión. Walzer dice que el verdadero alcance del dilema se presenta cuando es la gente buena quien lo enfrenta –y en esta medida el gobernante maquiavélico típico no estaría enfrentando un verdadero dilema de manos sucias, al menos de la forma que Walzer lo entiende–. Así, los políticos del PT habrían enfrentado un dilema de manos sucias solo si son buenos hombres, si son políticos morales que se sienten culpables luego de haber tomado su decisión, es decir, que aunque se ensuciaron las manos en aras de un bien mayor, no se sienten conformes después de su decisión sino que habrán de convivir para siempre con el peso de una decisión moralmente incorrecta pero sabiendo también que tuvieron buenas razones para incurrir en la culpa que ahora los abruma.

Los alcances de lo que dice Walzer quedan más claros al considerar un ejemplo dramático y justamente famoso que presenta en el artículo que estamos considerando. El autor pide que imaginemos el caso de un gobernante al cual se le solicita que autorice la tortura de un líder rebelde –hoy en día se hablaría de un terrorista– que sabe o puede saber la ubicación de una serie de bombas que deben estallar en el curso de las próximas 24 horas. El gobernante ordena que se le torture creyendo que así contribuye a salvar a quienes pueden morir en las explosiones, aunque considera que la tortura es mala, incluso abominable. Al ordenar la tortura, el

gobernante cometió un crimen moral y aceptó la carga correspondiente. Se ha convertido así en un hombre culpable. Esta solución, al mismo tiempo moralmente correcta e incorrecta, es para Walzer la única posible para el político moral. Un hombre exclusivamente moral no ensuciaría sus manos, un hombre meramente político pretendería que están limpias. El crimen cometido demuestra que el gobernante es al mismo tiempo suficiente e insuficientemente bueno para participar en política.

3 Las manos sucias y la política contemporánea

Una lectura regular de la prensa evidencia que los gobernantes y políticos están enfrentados con frecuencia a dilemas de manos sucias, y con mucha mayor frecuencia a situaciones en que la moralidad cotidiana no brinda los criterios suficientes para tomar una decisión.

Existen casos en los cuales es claro que el gobernante debe actuar en secreto porque la revelación de todas sus acciones puede tener consecuencias nefastas. El secreto no solo es necesario en las relaciones internacionales, donde muchas negociaciones e intercambios requieren discreción, sino también a nivel interno. De hecho, un autor como Carl Schmitt dice en varios lugares que los *arcana* o secretos son connaturales a toda política²⁸. Cuando no se puede decir la verdad, a veces es posible callar, pero otras veces es necesario mentir para ocultar la verdad. Así ocurre, por ejemplo, cuando las autoridades financieras, aun conociendo que la situación de los bancos no es buena, buscan evitar una corrida que agravaría la situación económica, transmitiendo un mensaje de tranquilidad.

En negociaciones como las de un tratado de libre comercio que adelantó el gobierno colombiano con los Estados Unidos era necesario que el gobierno nacional no revele todas sus intenciones ni siquiera a los sectores económicos nacionales que podían ser afectados. La razón era simple: dado el alcance de las negociaciones, muchos sectores económicos se verían afectados por el tratado final, pero en el curso de las mismas deberían ir cambiando las decisiones sobre el alcance de las afectaciones. Si todo el tiempo hubiese revelado sus intenciones, cada uno de los sectores que podían ser afectados se habría movilizó en contra de todo el tratado, impidiendo al final su cierre.

Por razones diferentes, el gobierno debe ser discreto en las negociaciones con los paramilitares. En cualquier negociación con grupos armados el gobierno ofrece una aplicación menos rigurosa de la justicia a cambio de la disminución de la violencia. Incluso aunque se esté de acuerdo con el objetivo final, que es la paz, o por lo menos un nivel menor de violencia, es inevitable considerar que un proceso de paz sacrifica necesariamente

28. Por ejemplo en *Sobre el parlamentarismo*, Madrid, Tecnos, 1990, p. 48.

un bienpreciado en cualquier sociedad, cual es la justicia. En relación con la negociación con los paramilitares y la exigencia de algunos sectores por una verdad completa, vale la pena recordar el siguiente fragmento de Weber, quien lo escribió pensando en la situación de Alemania pocos meses después de terminada la Primera Guerra Mundial, y en el cual se refiere a:

la obligación de decir la verdad, que la ética absoluta nos impone sin condiciones. De aquí se ha sacado la conclusión de que hay que publicar todos los documentos, sobre todo aquellos que culpan al propio país, y, sobre la base de esta publicación unilateral, hacer una confesión de las propias culpas igualmente unilateral, incondicional, sin pensar en las consecuencias. El político se dará cuenta de que obrando así no se ayuda a la verdad, sino que, por el contrario, se la oscurece con el abuso y el desencadenamiento de las pasiones. Verá que sólo una investigación bien planeada y total, llevada a cabo por personas imparciales, puede rendir frutos, y que cualquier otro proceder puede tener, para la nación que lo siga, consecuencias que no podrán ser eliminadas en decenios. La ética absoluta, sin embargo, ni siquiera se *pregunta* por las *consecuencias*²⁹.

A medida que las decisiones a que se enfrentan los gobiernos se tornan más complejas, aumenta el número de personas que intervienen en una decisión y se complica la asignación de responsabilidades individuales. Este es el problema que Thompson ha denominado como de múltiples manos³⁰. Y si no es posible precisar responsabilidades, entonces se hace imposible exigir a los gobernantes, a los políticos, a los funcionarios, que acusen el impacto de aquellas decisiones en que deben ensuciarse las manos, tal como exigían Weber y Walzer.

Una ilustración palmaria de este problema ocurre en los ejércitos que toleran o incluso promueven las violaciones a los derechos humanos. Es claro que los militares colombianos no rechazan de manera contundente las alianzas con los grupos paramilitares, lo que en algunos casos puede ser leído como un estímulo tácito a establecer tales alianzas, con el fin de obtener mejores resultados contra el que se considera el enemigo real, que es la guerrilla. Un ejemplo de los razonamientos y la mentalidad que fundan tales actitudes se encuentra en los testimonios de los veteranos estadounidenses de Vietnam. Desde arriba la orden era en relación con los derechos humanos "no se deje coger"; pero abajo se consideraba que "si lo que hago es incorrecto, mis superiores me detendrían, y dado que ellos

29. Weber, óp. cit., p. 163 (itálicas en el original).

30. Thompson, Dennis F., *La ética política y el ejercicio de cargos públicos*, Barcelona, Gedisa, 1999, capítulo 2.

están enterados y no me detienen, entonces es lo correcto"³¹. Esta misma mentalidad es la que fomentó los abusos que el ejército estadounidense está cometiendo en Irak, Afganistán y Guantánamo.

4 Conclusiones

El concepto de manos sucias, tal como es entendido por Weber y Walzer, es atribuible a un político que aparece como una figura trágica. El hombre bueno no tendrá nunca prisa para evadir las reglas sino que esperará hasta que no tenga más opción y actuará solo para evitar consecuencias inminentes y previsiblemente desastrosas. Pero bien sabemos que los políticos, los nuestros y los de otros lugares, no suelen parecerse a esa imagen. Más bien tienen que ver con el gobernante maquiavélico, impulsado por el honor y la gloria, presto a recibir reconocimiento por el bien que pueda haber hecho, a salvo de cualquier castigo que pueda merecer por el mal que hizo para alcanzar ese bien.

Así, lo más probable es que el gobernante, el político, no sienta culpa por sus crímenes. En la actual cultura de la celebridad, donde todo aquel que tiene algún poder o reconocimiento puede aislarse de los demás, rodeado por cortesanos que confirman la rectitud de sus acciones, se ha hecho más difícil que nunca recibir críticas y dudar de las propias decisiones. Y por ello el gobernante puede escudarse en las razones de Estado o en la pretensión de estar sirviendo al interés público, para justificar sus crímenes.

El principal problema con el político como héroe trágico de Weber es que no existe instancia alguna frente a la cual él deba responder por sus crímenes. Ni siquiera debe justificar sus crímenes, y por tanto puede cometerlos sin que deba explicar a nadie por qué esos crímenes fueron el mejor modo de alcanzar el bien que buscaba, y así puede darse el caso que sea él el único que considere que esos crímenes debieron tener lugar. Walzer sugiere que la respuesta está dada por los asesinos de *Los justos*, de Albert Camus, que habiendo asesinado se preparan para morir. Sin embargo, al menos en el caso de los terroristas islámicos, es claro que la muerte no es un castigo sino un premio, y por lo tanto la respuesta de Walzer no es en este punto válida.

Claro está que simultáneamente se han dado algunos avances en la capacidad del sistema internacional para juzgar los crímenes cometidos por los Estados y sus gobernantes. Pero esa capacidad no alcanza, y es

31. Halbfinger, David M., "Film echoes the present in atrocities of the past", en *The New York Times*, 9 de agosto de 2005 (<http://www.nytimes.com/2005/08/09/movies/09wint.html?8hpib>).

dudoso que lo llegue a hacer, a los gobernantes de los países más poderosos, que por lo tanto no tienen razón alguna para temer castigo y ningún incentivo para ser reos de su propia conciencia.

Es innegable que la mejor forma de impedir los crímenes de Estado y los pequeños crímenes que los políticos cometen y pretenden presentar como necesarios es negándoles a los políticos que los realizan el poder y la gloria que pretenden. Pero las democracias representativas tienen límites para poder controlar a los gobernantes. Por ello el riesgo de que los políticos se ensucien las manos sin necesidad y sin sentimiento de culpa es tan grande como siempre lo ha sido.

No obstante, creo que hay dos cosas que deben ser aceptadas. En primer término, es innegable que el ejercicio de lo político requiere en ocasiones cierta opacidad; negarlo es pecar de ingenuo. Así, por ejemplo, hay ciertas negociaciones que hay que realizar a puertas cerradas para impedir que todo lo que ocurre fuera de esas puertas afecte todo el tiempo las negociaciones. Por otra parte, es necesario reconocer que los políticos deben actuar por lo general de acuerdo con la ética de la responsabilidad, es decir, de modo consecuencialista, entre otras cosas porque así lo requiere la agregación de preferencias propia de la democracia.

Bibliografía

- Coady, C. A. J., "La política y el problema de las manos sucias", en Peter Singer (ed.), *Compendio de ética*, Madrid, Alianza Editorial, 1995, págs. 507-519.
- Halbfinger, David M., "Film echoes the present in atrocities of the past", en *The New York Times*, 9 de agosto de 2005.
- Maquiavelo, Nicolás, *Discurso sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.
- Sartre, Jean Paul, *Las manos sucias*, Madrid, Alianza Editorial, 1981 (traducción de Aurora Bernárdez).
- Schmitt, Carl, *Sobre el parlamentarismo*, Madrid, Tecnos, 1990.
- Skinner, Quentin, *Maquiavelo*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.
- Thompson, Dennis F., *La ética política y el ejercicio de cargos públicos*, Barcelona, Gedisa, 1999.
- Walzer, Michael, "Political action: The problem of dirty hands", en Marshall Cohen, Thomas Nagel y Thomas Scanlon (eds.), *War and Moral Responsibility*, Princeton, Princeton University Press, 1974, págs. 62 a 82 (publicado originalmente en *Philosophy & Public Affairs*, vol. 2, No. 2, invierno de 1973, pp. 160 a 180).
- Weber, Max, "La política como vocación", en *El político y el científico*, Madrid, Alianza Editorial, 1967, pp. 160-179.

•

FECHA DE RECEPCIÓN: 15 / 08 / 2006
FECHA DE APROBACIÓN: 14 / 10 / 2006